

# -EDIFICIO-ERMITA-

El fin de una época

Jorge Vázquez Ángeles



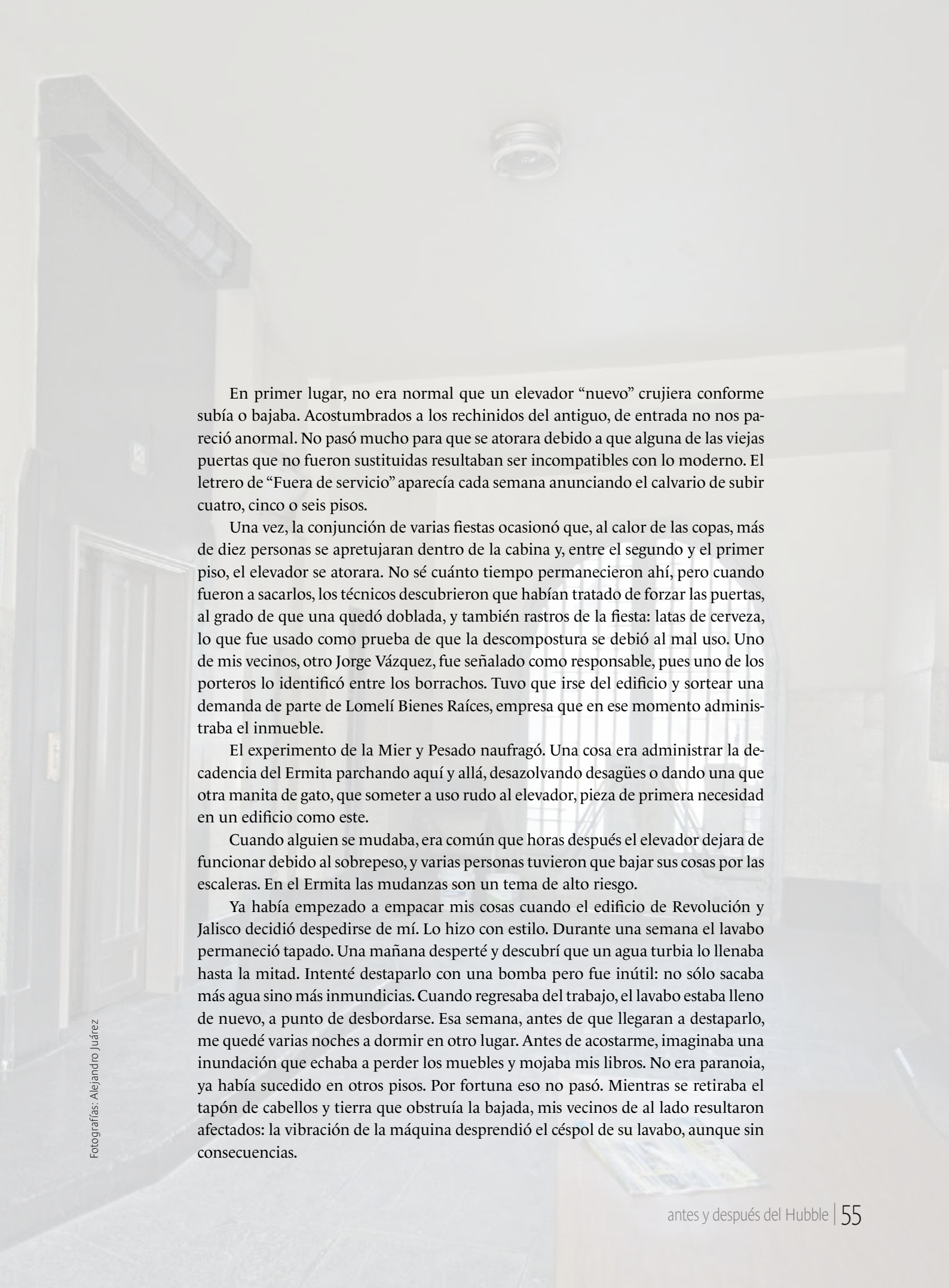
ADMIRO A LAS PERSONAS que se han mudado de casa tantas veces como quien colecciona timbres postales o figuras de porcelana. Hay que tener los nervios templados del corredor de autos, la fuerza del levantador de pesas y el espíritu errante de los gitanos para ser capaz de mudarse tres, cuatro o cinco veces y estar siempre dispuesto a hacerlo de nuevo. Conocí a una mujer que por diversas razones, en un lapso de cuatro años, se había mudado siete veces —casi dos veces al año—; cuando volví a verla, años después, ese récord de terror seguía incrementándose. Ella no acumulaba millas de avión ni kilómetros de maratones, lo suyo era volar hacia donde la llevara el viento. Era la Leo Messi de la mudanzas.

Comparado con ella y con otras personas que afirman haberse cambiado de casa hasta tres veces en un año, mi récord es modesto: apenas tres en un lapso de once años: la primera vez en el año 2004; la segunda en 2008 y la última, eso espero, en octubre de 2015. Así como al final de cada partido de beisbol sólo queda la frialdad de los números, decir que viví siete años en el edificio Ermita es más o menos lo mismo: alegrías y tristezas que no se reflejan en una oración. Lo cierto es que había llegado el momento de retirarse y cerrar el ciclo, terminar con una época, como decía mi papá.

Una de las razones por las que decidí dejarlo fue por el elevador. Vivir en un edificio de siete niveles (yo vivía en el quinto) y regresar cada tarde después del trabajo con la preocupación de que se hubiera descompuesto una vez más, poco a poco pasó de lo inconcebible a lo ridículo.

El elevador manual Otis, uno de los pocos que aún quedaban en la ciudad de México, dejó de funcionar el 27 de abril de 2010 para ser sustituido por uno automático. La obra duró cerca de tres meses, y cuando se inauguró el flamante modelo, los habitantes del Ermita descubrimos que en realidad el cascarón era el mismo: se había rediseñado la puerta para que abriera de forma automática y, aparentemente, el motor era nuevo. El viejo elevador que se movía accionando una palanca y que se cerraba con una reja de bronce había quedado a medio camino entre una restauración de juguete y una modernización parcial —para abrirse, las puertas usaban una cuerda como la de los cortineros de cualquier casa—. La Fundación Mier y Pesado, propietaria del edificio, había creado un Frankenstein.

No había que ser un experto en ingeniería mecánica para anticipar que, en un edificio ocupado mayoritariamente por jóvenes, bohemios y artistas, el elevador activo las veinticuatro horas y sin la vigilancia de los porteros que cuando manejaban el viejo de una u otra forma lo cuidaban, las descomposturas estarían a la orden del día. Y así fue.



En primer lugar, no era normal que un elevador “nuevo” crujiera conforme subía o bajaba. Acostumbrados a los rechinos del antiguo, de entrada no nos pareció anormal. No pasó mucho para que se atorara debido a que alguna de las viejas puertas que no fueron sustituidas resultaban ser incompatibles con lo moderno. El letrero de “Fuera de servicio” aparecía cada semana anunciando el calvario de subir cuatro, cinco o seis pisos.

Una vez, la conjunción de varias fiestas ocasionó que, al calor de las copas, más de diez personas se apretujaran dentro de la cabina y, entre el segundo y el primer piso, el elevador se atorara. No sé cuánto tiempo permanecieron ahí, pero cuando fueron a sacarlos, los técnicos descubrieron que habían tratado de forzar las puertas, al grado de que una quedó doblada, y también rastros de la fiesta: latas de cerveza, lo que fue usado como prueba de que la descompostura se debió al mal uso. Uno de mis vecinos, otro Jorge Vázquez, fue señalado como responsable, pues uno de los porteros lo identificó entre los borrachos. Tuvo que irse del edificio y sortear una demanda de parte de Lomelí Bienes Raíces, empresa que en ese momento administraba el inmueble.

El experimento de la Mier y Pesado naufragó. Una cosa era administrar la decadencia del Ermita parchando aquí y allá, desazolviendo desagües o dando una que otra manita de gato, que someter a uso rudo al elevador, pieza de primera necesidad en un edificio como este.

Cuando alguien se mudaba, era común que horas después el elevador dejara de funcionar debido al sobrepeso, y varias personas tuvieron que bajar sus cosas por las escaleras. En el Ermita las mudanzas son un tema de alto riesgo.

Ya había empezado a empacar mis cosas cuando el edificio de Revolución y Jalisco decidió despedirse de mí. Lo hizo con estilo. Durante una semana el lavabo permaneció tapado. Una mañana desperté y descubrí que un agua turbia lo llenaba hasta la mitad. Intenté destaparlo con una bomba pero fue inútil: no sólo sacaba más agua sino más inmundicias. Cuando regresaba del trabajo, el lavabo estaba lleno de nuevo, a punto de desbordarse. Esa semana, antes de que llegaran a destaparlo, me quedé varias noches a dormir en otro lugar. Antes de acostarme, imaginaba una inundación que echaba a perder los muebles y mojaba mis libros. No era paranoia, ya había sucedido en otros pisos. Por fortuna eso no pasó. Mientras se retiraba el tapón de cabellos y tierra que obstruía la bajada, mis vecinos de al lado resultaron afectados: la vibración de la máquina desprendió el céspol de su lavabo, aunque sin consecuencias.

Después ocurrió lo de la lavanda. En el pretil de la ventana que da a Avenida Jalisco, coloqué tres cebollines y una lavanda. A esa altura, la planta soportó lluvia, granizadas, fuertes vientos y demás condiciones climatológicas. Un día advertí que algo faltaba en el pretil. La lavanda ya no estaba. Me asomé por la ventana y la descubrí abajo, en una de las marquesinas, deshecha. ¿Cómo se había caído? Quizá fue una paloma, me dijo alguien. Nunca lo sabré.

Esa misma semana, al salir a trabajar, me subí al elevador que por fortuna sí funcionaba. Descendió crujiendo y agitándose hasta llegar al vestíbulo, donde siempre hacía una pausa dramática antes de que la puerta se abriera con estrépito. Al salir, descubrí a un hombre joven, como de unos veinticinco años, completamente desnudo. Era uno de tantos vagabundos que abundan en Tacubaya y que pernoctan en las cortinas metálicas de los negocios. Quiso decirme algo pero estaba tan drogado que sólo balbuceaba. Le pedí que se vistiera y que se marchara. Salí a buscar a un policía y no encontré a nadie. Regresé al vestíbulo donde el joven se vestía con lentitud, con el pie le acerqué una de sus botas y luego se fue, no sin antes pedirme dinero. No le di nada. Intentó meterse de nuevo y le cerré la puerta en la cara. Después, tras relatarle mi aventura a Jesús, el vigilante nocturno, me dijo que al menos tres personas lo habían visto ahí mismo, y que por miedo o indiferencia no hicieron nada por sacarlo. Me decepcionaron mis vecinos.

Los días previos a la mudanza no ocurrió otra cosa, pero el elevador, como un futbolista, entró en una racha de lesiones que requerían algo más que ungüentos antiinflamatorios. Por si esto no fuera suficiente, corría el rumor de que en cualquier momento el servicio volvería a suspenderse para, ahora sí, cuatro años después, cambiar todas las puertas y automatizarlas. ¿Cuánto me costaría la mudanza considerando que habría que bajar más de treinta cajas llenas de libros a través de una escalera empinada y estrecha? Además, otras dos personas también planeaban irse en octubre, lo que aumentaba las posibilidades de que el elevador fallara otra vez. El viernes, antes de que llegaran los cargadores, ajustaron el elevador. Hasta le pedí a Jesús que lo apagara y que no dejara que nadie se subiera. El sábado a las ocho de la mañana, bajo la amenaza latente de que todo se lo llevara el carajo, el elevador cumplió su tarea. Me enteré de que horas más tarde se descompuso, lo que probablemente me hizo acreedor a una dotación de insultos de parte de mis exvecinos.

El último día que fui a sacar lo poco que aún quedaba, me tomé una *selfie* en medio de la habitación desnuda y me asomé a la ventana por última vez. Me despedí de mi hogar.

No soy pesimista pero estoy seguro de que el edificio Ermita vive sus últimos días. Lo pienso porque devolverle su esplendor costaría una fortuna que no va a pagar nadie. ¿Para qué, dirán, si lo que vale es el terreno en una ciudad que se destruye todos los días? Es una lástima.

Será el final de una época, como decía mi papá. 